

# SUPLEMENTO DE EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 30 de Julio de 1925

## FELIPE LEBON

### Historia del gas del alumbrado

Cuando se estudian los documentos referentes a la existencia de Felipe Lebon, cuando se siguen, paso a paso los destellos de genio que brillan en su cerebro; cuando se consideran los obstáculos que ha tenido que vencer; cuando se profundiza su gran carácter y los hermosos sentimientos que le adornan, quedase admirado ante el humilde trabajador que dotó al mundo de tan gran beneficio.

Felipe Lebon nació en Brachay (Haut Marne), el 29 de Mayo de 1767; veinte años después ingresó en la escuela de Puentes y Calzadas, donde se distinguió muy pronto por su espíritu ingenioso e investigador. Sus primeros trabajos son relativos a la máquina de vapor que entonces comenzaba a usarse. El 18 de Abril de 1792, el joven ingeniero obtuvo una recompensa nacional de dos mil libras, para continuar los experimentos que había empezado sobre la mejora de las máquinas de fuego.

Próximamente en la misma época empezó Felipe Lebon a ocuparse del alumbrado de gas, durante un poco de tiempo que permaneció en Brachay. Un día echó un puñado de serrín en una redoma de vidrio que puso al fuego; empezó a desprenderse del vaso un humo abundante que de repente se inflamó, produciendo una hermosa y brillante llama. Desde aquel día la industria hizo una de sus más grandes y más útiles conquistas. Felipe Lebon había encendido el primer mechero de gas. Algunos envidiosos, siempre dispuestos a denigrar toda idea nueva, a combatir a todo aquel de cuyo cerebro ha brotado el fuego de la invención, han querido negar a Felipe Lebon el honor que le corresponde, diciendo que su invento se debía al azar; pero por nuestra parte no creemos en esas causas fortuitas, y estamos persuadidos de que la casualidad no concede sus favores más que al genio perseverante. ¿No fué también la casualidad la que hizo caer una manzana ante los ojos de Newton y la que por este motivo le hizo pensar en las causas de la gravitación universal? Y sin embargo, ¿fué el azar el que reveló a aquel gran genio los secretos de la gravitación de los mundos? Con mucha frecuencia los vientos del Norte desprenden manzanas de sus pedúnculos, pero ¿con qué poca frecuencia se encuentran otro Newton!

¡Cuántos químicos antes que Felipe Lebon habrían visto arder leña o hulla! Pero ninguno antes que él había comprendido lo que debía deducirse de aquel hecho tan sencillo en apariencia. ¡Cuántos hombres han visto la tapadera de una marmita levantarse con la fuerza del agua hirviendo! Pero sólo Wat ha ideado la máquina de vapor, fundado en aquella observación tan sencilla. Sólo el genio es el que comprende el porvenir y distingue con una

intuición maravillosa lo que puede engendrarse, descartando lo que no es viable.

En pocos días comprendió Felipe Lebon la importancia del descubrimiento que acababa de hacer y con el golpe de vista de todo espíritu superior, puso manos a la obra. Acababa de demostrar que la leña y los combustibles podían desprender, por efecto del calor, un gas a propósito para la calefacción y el alumbrado; había visto que el gas que se desprende de la leña calcinada va acompañado de vapores negruzcos, de un olor acre y empuemático. Para que pudiera servir para el alumbrado era necesario purificarle de estos productos extraños. Lebon hizo pasar los vapores por un tubo de desprendimiento a un frasco lleno de agua, que condensaba las materias alquitranadas y ácidas, dejando escapar el gas en estado de pureza. Este modesto aparato, que es la primera imagen de una fábrica de gas, comprende tres partes esenciales: aparato de producción, sistema de purificación y recipiente para recoger el gas.

Felipe Lebon continuó sus primeros experimentos, en el campo, él mismo trabajó en la fabricación de un aparato de ladrillos en que se destilaba la leña; construyó toscamente un depurador de agua, en que se condensaban el alquitrán y el ácido acético, y desde este depurador dió salida al gas por un tubo, en cuya extremidad se quemaba. Sus vecinos, maravillados, venían a ver aquella hermosa luz, que se producía tan fácilmente a su vista.

Un año después el inventor había visto a Fourcroy, Prony y a los grandes sabios de su época: el 28 de Septiembre de 1799 obtuvo un privilegio de invención, en cuya Memoria describe minuciosamente su *terno-lampara*, por medio de la cual produce un gas luminoso, propio para el alumbrado, al mismo tiempo que fabrica alquitrán de madera y ácido piroleñoso o acético. En su privilegio menciona la hulla como a propósito para reemplazar la leña y expone su sistema con una emoción visible y un entusiasmo particular: leyendo su memoria maravilla aquella persuasión que no deja duda de que presagiaba el porvenir reservado a su invento.

Desgraciadamente Felipe Lebon no podía consagrar todo su tiempo a aquellas investigaciones; ingeniero de caminos, sin dinero y sin fortuna, tenía necesidad de atender a su cargo. Destinado a Angulema como ingeniero *subalterno*, no podía olvidar su gas del alumbrado y echaba de menos París, al que consideraba como un «incomparable foco de estudio». Se ocupa de matemática y de ciencia y su imaginación vaga siempre muy apartada de sus ocupaciones ordinarias. El ingeniero jefe no tarda en dar una queja de Felipe Lebon, a quien tiene envidia porque le considera como un hombre de un espíritu superior y acaso como un colega molesto; bajo un aprecio aparente, oculta una refinada perfidia y procura que le destituyan de su empleo. Ocupado siempre de su gas del alumbrado, Felipe Lebon salía con frecuencia de Angulema para ir

a Brachay, donde poco a poco iba perfeccionando su querido descubrimiento: su jefe se queja de su falta de exactitud en el servicio y en virtud de esta denuncia se le forma expediente. Una comisión, nombrada para examinar las quejas que se habían presentado acerca de su conducta, declaró que estaba al abrigo de toda acusación.

### ESPÍRITU INFANTIL

## El pájaro redivivo

Era una tarde del mes de Diciembre, una de esas tardes grises y encapotadas que tanto abundan en las últimas semanas otoñales.

Llegada que fué la hora de recreo, los niños salieron de la clase. Acurrucados y con las manos en los bolsillos, corrían por el ancho pasillo que cerca al patio principal de un antiguo convento.

A grandes volandas se iba cerniendo sobre la arcilla roja de los ladrillos una lluvia de granitos blancos como diminutos anisetes, que al chocar en el suelo saltaban en todas direcciones bailando una danza gélida.

De cuando en cuando se dejaba oír en el aire el silbido agudo y penetrante del viento que estremecía nuestro cuerpo.

Algunos niños repetían: ¡Ufff...! ¡Ufff...! ¡Qué mal genio tiene...! Parece que está enfadada la atmósfera, ¿verdad?—les dije.

No eran ellos del todo extraños a aquellas tragedias del aire. En sus caritas tristonas bien se reflejaba el estado deprimente de sus ánimos.

Las nubes seguían galopando con furia por encima de los tejados. De pronto se oyó rasgar el espacio un chillido seco y desarticulado como un ¡ay! postrimero. Inmediatamente un cuerpo exámine, algo que había dejado de existir, cayó pesadamente al suelo. Aquel ser infeliz era un pajarillo, un pobre pajarillo que el oleaje tempestuoso de la atmósfera había hecho zozobrar arrojándole contra la dura roca de un frontón.

Los niños se precipitaron sobre él, colmándole de toda clase de caricias y cuidados.

Todavía su corazón latía fuertemente, pero sus ojos se habían cerrado ya. ¡Qué pena, qué tristeza! Trataron de reanimarle con el calorillo del seno, pero no había remedio: todo era inútil ya para aquella pequeña avecilla.

Sin embargo, los niños no se resignaban a tan fatal desenlace, no podían hacerse a una muerte tan repentina, querían que viviera; y tenía que vivir. Aquella pequeña vida tan tierna y volátil como la de ellos, no podía, no debía dejar de existir.

Yo observaba todo aquel derroche de ternura con inusitada complacencia,

tanto, que tuve que olvidar por algunos momentos la muerte del pájaro, para secundar el noble afán de los niños. ¡Era tan bella, aquella ilusión...! Destruirla hubiera sido una gran torpeza.

Llegó la hora de salir de la escuela. Los niños habían improvisado con las cuerdas de sus peones y las betas del látigo de sus peonzas, en una cajita de cartón, una especie de nido. Sobre él colocaron al pajarillo con tal naturalidad, que cualquiera hubiera creído que aquel infortunado se hallaba incubando en el suyo propio.

Uno de los niños dijo: «Es necesario que se abran las ventanas, para que en cuanto reviva pueda salir en busca de sus amigos o de sus padres.» Así se hizo y se fueron a sus casas.

A la mañana siguiente entraron apresuradamente en la clase. Cuando vieron que el pájaro no estaba en el nido, locos de contento se pusieron a saltar y a palmofolear, gritando: ¡Vival! ¡Se ha marchado! ¡Se ha marchado!

### De la escala zoológica

## EL LEÓN

Su figura es imponente y majestuosa, su mirada segura, su paso fiero, y su talla esbelta y proporcionada; su cuerpo parece ser el modelo de la fuerza, unida a la agilidad.

Su gran fuerza muscular le da a conocer el león con sus saltos prodigiosos, que ejecuta con la mayor facilidad; con el brusco manejo de su cola, con fuerza suficiente para echar por tierra a un hombre; con la facilidad con que mueve la piel de su rostro, lo que realza su fisonomía o le da la expresión de su furor; con la facultad de erizar sus crines, agitándolas en todos los sentidos cuando está furioso.

Este noble bruto no habita más que en los climas más calientes, aunque puede vivir también en los países templados.

En él, todas las pasiones son excesivas, y el amor maternal es vivo en extremo. La leona es terrible en época de cría; arrojase indistintamente sobre los hombres o animales que encuentra, los destruye sin compasión, y carga luego con su presa, que la reparte entre sus cachorros, enseñándoles a chupar la sangre y a despedazar la carne.

El león hace casi todas sus correrías de noche. Cuando tiene hambre, ataca de frente a cuantos animales se le presentan. Cuando se ve perseguido, se oculta entre las malezas de los bosques.

Su marcha ordinaria es fiera, grave y lenta. Cuando corre, lo hace a saltos.

Solo el elefante, el rinoceronte, el tigre y el hipopótamo pueden resistirle.

El rugido del león es tan fuerte, que cuando se hace oír de noche por medio de ecos en el desierto, se parece al ruido del trueno; rugen cinco o seis veces al día, y más fuerte cuando barrunta lluvia.

A pesar de su fiera se le da caza fácilmente, y es un animal muy domesticable.

La carne del león tiene un sabor desagradable y fuerte; no obstante, los negros la comen, y al parecer, no la encuentran mala.

La guerra que el hombre ha hecho al león es terrible. Casi le ha condenado a desaparecer. Hoy se ve confinado a los desiertos de Asia y Africa, y habita solo las regiones difíciles de explorar. La busca y captura del león ofrece escenas emocionantes. La destreza de los negros en esta operación es admirable. Su astucia y su ingenio, aprovecha los momentos flacos de la fiera, siempre en acecho, hasta que logran darle caza, ayudados por valerosos perros. Muchos perecen en la refriega, destrozados ferocemente entre los dientes y las garras de la fiera, tanto más terrible cuanto con más furor se ve acosada.

Por su arrogancia, su nobleza, su fuerza y su agilidad, el león ha suscitado siempre la admiración del hombre. Por eso, la mitología, la fábula y la leyenda, nos pintan al león el «rey de los animales».

## El más embustero

Eran seis u ocho muchachos, todos estudiantes de bachillerato; su edad oscilaba entre los diez y los doce años. Vestían el traje usual: cuello a la marinera, blusa deportiva, camisas a lo Robespierre, trajes que variaban algunas veces; pero lo que nunca cambiaba de aspecto era lo siguiente: las caras despejadas, las piernas siempre en movimiento y las manos siempre manchadas de tinta o de cualquier otro ingrediente.

Hablaban del curso que acababa de pasar y lo hacían torciendo la boca o arrugando la nariz, pues no tenían más remedio que confesar alguna «calabaza» de la cual no podían aún convencerse ninguno de ellos.

—¡Pues, señor! eso de que no se pueda aprobar ninguna asignatura sin examen es un absurdo.

—Lo malo es que los profesores te preguntan lo que ellos quieren del programa. Si preguntan lo que quieren, ¿para qué nos dan a nosotros el programa?

—Lo mejor sería suprimir los exámenes.

—¡Seguramente! Yo hice lo posible y hasta lo imposible para pasar pero ni por esas. Me escribía las fechas de la Historia en las uñas y en los dedos, las estadísticas de Geografía en el Atlas.

—Yo las escribía en el mango de la estilográfica. Pero el profesor, viéndome siempre con los ojos bajos, me rogó muy fino que tuviera más ánimo, y... me envió a mi sitio. ¡Qué desastre!

—Por mi parte no tengo miedo a la Historia ni a la Geografía. Pero lo que es la Aritmética... En casa me ayuda a veces, cuando está, el abuelito; pero en escuela me ayuda un camarada pobre muy estudioso, le doy un lápiz, o veinte céntimos, o un gemelo, o un soldado de plomo, lo que tengo, y lo arregla tan pronto! Pero cuando el maestro cambia los sitios, entonces ¡suspensión para mí!

—A Pérez le sucedió en latín un caso muy curioso el profesor era corto de vista, y Pérez se aprovechaba de ello; ponía el libro abierto sobre la espalda del compañero que estaba delante y leía la lección a maravilla. Pero un día estornudó el de delante, cayó el libro, se descubrió la trampa, ¡y el castigo fue de primera!

—Pues mi desgracia en Gramática y composición es de lo que no hay. No sé inventar y copio de los libros que tiene mamá en casa. Pero esta vez me ha salido mal la combinación. El tema propuesto era: «Decid algo de vuestros padres» Yo fui al consabido libro, y encontré un capítulo que decía: «Mi madre». Era un modo de hacer macarrones! Pero yo no me anonadé. Copié variando los nombres. El profesor nos hacía leer los ejercicios en voz alta. Cuando llegó mi turno me levanté y tuve que leer lo siguiente: «Mi madre sabe muy bien aderezar los padres. Se toma una cacerola, se preparan dos kilos de madre y se ponen a remojo, se hierven los padres diez minutos...»

Inútil decir que no pude seguir adelante. El tribunal y el auditorio se retorcián de risa.

Un muchachito de grandes ojos azules, de color sano, de frente despejada, que no había hecho más que oír, oyó que le aludían:

—Y tú, Carlitos, ¿has aprobado todas las asignaturas?

—Y con sobresaliente.

—¡Ah, tunante! ¿Qué trampa usas?

—Una muy sencilla. Reglas, fechas, versos, todo lo llevo aquí dentro y se tocaba la frente con el dedo.—Una vez aquí, ya nadie me lo puede quitar.

—¡Vaya una gracia! Así ya se comprende; pero, ¡cuánto tiempo pasarás estudiando!

—¡Qué val! Una hora, dos a lo sumo, cada día. Y así puedo pasar sin cuidado las vacaciones.

—¡Embustero, embustero!—gritaron todas las voces a la vez.

El muchachito sonrió, miró con sus ojos francos y nobles a los demás, que no tuvieron más remedio que bajar la mirada y ya no hablaron más. Cada cual fué desfilando por su parte, en silencio. Y cada cual iba diciendo para sí:

—¿Quién sabe dónde está el embustero de veras?

W.

## Una capital rebautizada

Después de la gran guerra, muchos límites de Europa resultan cambiados: unos Estados han nacido, otros murieron y otros han sufrido profundas transformaciones. Por si eso no era bastante para dificultar el estudio de la geografía hay muchas poblaciones que también quieren lucir cambio de nomenclatura; esto sin contar las que, pasando a su primera nación, recobran nombres propiamente nacionales. Esto último ha sucedido con muchas ciudades Italianas o eslavas, que habiendo estado sometidas a Austria o a Rusia, al recobrar su primitiva nacionalidad, abandonan los nombres que se les impusieron para volver a ostentar, los nombres primitivos propios.

Pero existen casos curiosos de cambio de nombre en ciudades que no sufrieron la intervención en la guerra; tal sucede con Cristianía, la capital de Noruega, rebautizada con el nombre de «Oslo», desde primero de Enero del presente año. Oslo es su nombre primitivo, y aún era conservado en ciertas frases; así, se decía: «Audiencia de lo criminal de Oslo», «Arzobispado de Oslo», y no de Cristianía.

Otro ejemplo de cambio, más conocido, es el de San Petersburgo (que literalmente significaba «Ciudad de San Pedro») convertida en Petrogrado durante la guerra, y después, bajo el dominio de los Soviets, rebautizada con el nombre de Leningrado. Tres nombres en seis años.

También la capital de Turquía tuvo tres

nombres, pero ¡cuánto tiempo tardaron los cambios! Sus nombres fueron Bizancio, Constantinopla y Stambul.

Otros ejemplos curiosos, ya de cambios, ya transformaciones de nombre: en Italia, al Norte, los galos llamaron a una población Mel-pum; los romanos le pusieron después el nombre de Mediolanum; hoy es Milano, o sea Milán. Una latina romana se ha convertido en Turín. Otro nombre latino, Lutecia, es hoy París. Nueva Amsterdam llamaron unos holandeses emigrantes a la pequeña aldea en que sentaron sus hogares, en las despobladas regiones de Norteamérica; hoy aquella aldea se llama Nueva York.

## CUENTO

### MANOLO EL VALIENTE

Tenía Manolo un geniecito, que iba, ya...  
—¡Hijo, eres inaguantable, y te voy a llevar a un colegio para que te enseñen!—decía la madre creyendo intimidarle.

Y tan incorregible siguió, que cierto día, cansada ya la buena señora de las extralimitaciones del niño, llevólo a un colegio, y en él quedó como interno Manolín.

Con todos los niños reñía, disgustábase todo, y su carácter agresivo impulsábase a imponerse violentamente a sus camaradas de estudios.

En los primeros días, sus discípulos le tenían miedo, Empero el temible Manolo perdió muy pronto el pleito. Vais a saber cómo fué ello.

Era un domingo en que Manolín mostróse afable con todos sus colegas, excepto con un tal Procopio, niño de su edad, poco más o menos que había ingresado en el colegio dos o tres días antes.

Procopio, tal vez por su carácter taciturno, mostrábase poco expansivo aquel día.

A la hora de recreo, los internos bajaron al jardín del colegio, y uno de tantos, Procopio, bajó con todos. En breve se distribuyeron en grupos los escolares, entregándose a sus juegos favoritos. El grupo a que el valiente Manolo habíase agregado jugaba a los soldados, y no hay para qué decir que Manolito era nada menos que el general en jefe.

Procopio, sentado en un banco próximo al ejército de Manolito, contemplaba sonriente las evoluciones de aquellos aguerridos veteranos. Sin duda le agradaba aquel juego.

Pero Manolo, tomando el rábano por las hojas, es decir, traduciendo por burla lo que era complacencia, sintióse molestado por las sonrisas de Procopio y desde tal punto quiso imponerse y hacer sentir su autoridad sobre el nuevo interno.

—¡A ver! gaitó Manolo a sus soldados.—Vamos a tener guerra con el Gran Mameluco de la Cantimplora, y es preciso y de toda urgencia llamar a las reservas para que ingresen en filas. ¡Capitán Chatorro! a buscar reclutas, y el que no quiera venir por buenas, vendrá por malas.

Y el muy pijo de Manolo dijo esto indicando a Procopio, único recluta que él estimaba disponible.

El llamado capitán Chatorro aproximóse a Procopio y con el tono más afectuoso y afable invitóle a tomar parte en el juego.

—¡Muchas gracias! contestóle no menos cortés Procopio.—No puedo jugar. Pero me divierte mucho viéndolos.

Y el capitán Chatorro tras mitió la respuesta a su general.

—Cuando yo mando una cosa, no se me replica—repuso el general.—Si no por buenas, por malas ha de incorporarse al ejército ese recluta.

Y entonces Manolo dirigióse en persona a Procopio y díjole en tono amenazador:

—¿No quieres jugar? ¿o es que prefieres estarte riendo de nosotros?

Y Procopio, molesto, contestó:

—Ya he dicho que no puedo.

—A ver, capitán a este recluta le incorporo de a la fuerza.

Y ningún soldado se movió.

Entonces, Manolo, iracundo, dió un golpe con la espada en las corvas del capitán, golpe que hizo se le saltaran las lágrimas al bravo Chatorro.

Entonces Procopio intervino en sentido conciliador.

—¡No le pegues! No tiene él la culpa de que yo no quiera jugar.

¡Valiente cosa me importas tú! Ya puedes marcharte de aquí, si no quieres que haga contigo lo mismo.

—Y Manolo, no pudiendo contenerse, dió a Procopio un palo en las corvas.

Lo que sucedió después fué obra de un minuto. Procopio sopapeó y dió cachetina tal a Manolo, que éste, golpeado y maltrecho, no tuvo otro remedio que poner pies en polvorosa para poner término a la tollina.

¡Buena fué! ¡Buena!

## VARIEDADES

### Roedor de coffre-fort

La inseguridad de los Bancos ha vuelto a imponer el uso del coffre fort.

El coffre fort ya no está vacío como en una temporada que solo servía para imponer respeto y evitar toda esperanza sobre el dinero que pudiese haber en los cajones. El coffre-fort está lleno de dinero en esta hora plagada de desconfianzas.

Por eso se nota un renacimiento del roedor de coffre-fort que maneja a las mil maravillas su aparato perforador y que hace las más bellas operaciones a los coffres, atravesando esa doble efe que tanto les defiende.

Por el bello ventanillo redondo que hacen en el coffre y por el que respira todo el interior meten la mano y sienten el placer inaudito de escarbar en el fondo, de rebañar el dinero, de tener el encuentro precioso con la entraña de oro.

Si el coffre-fort sigue en auge, habrá que fundar un formidable palacio de los coffre-fort reunidos, un nuevo Banco sin emisiones, sin crédito, sin operaciones, una especie de gran torre del silencio del dinero en la que prestarán vigilancia unos buzos especiales metidos en el fondo submarino del dinero almacenado.

El edificio estará construido hacia abajo o sea incrustado en la tierra, con entradas de gran sótano, un verdadero rascacielos.

Será un socorrido negocio del subsuelo, pues se podrán cobrar alquileres de tumba; los mejores alquileres, los que dan al espacio valioso de espacio del paraíso.

### Novedades del mar

El mar ha de entrar pronto en su pacífico uso: Las islas flotantes los faros y refugios para la aviación, todo le va a dar una sólida estabilidad. Las boyas microfónicas que pronto se lanzarán a sus aguas, le darán oído, el oído al que podrán asomarse en demanda de auxilio las pequeñas embarcaciones.

Para saber el recorrido que hacen las ballenas debía permitirse la libertad gramatical de escribir este nombre con B mayúscula—las van a marcar, es decir, las van a clavar un arpón con una fecha y la latitud en que se las encuen-tre, arpón simple, poco dañino que no las moleste mucho; pues se les podrían quitar rascándose contra la costa.

Pero lo que va a mejorar el mar va a ser el que las marinas de guerra se van a dedicar, a sanearle, a defender al pez chico contra el grande, y un día llegará en que la escuadra inglesa saldrá solo en son de guerra detrás de los tiburones.

Ya en el Ferrol, un cañonero español se dedica a defender a la sardina y dispara sus cañones contra las bandas de «arroceros», que tanto gustan de las sardinas.

Los submarinos en el pacífico mar futuro lucharán en lo profundo con el dragón de mar y darán el alto a las ballenas que ven el periscopio.

RAMO GOMEZ DE LA SERNA

## CHISTES

El guía de forasteros ante una enorme cascada:

—Si tuvieran las señoras la amabilidad de callarse un momento, podrían oír el enorme trueno de este salto.

Una evangélica aptitud.—¿Qué me dice usted querido maestro del talento musical de mi hija?

—¡Admirable! Sigue fielmente el consejo del Evangelio: su mano derecha no sabe lo que hace su mano izquierda.

Al pie de la letra.

—Siento mucho verle tan malo de salud.

—¿Ya consultó V. a un médico?—«Sí señor.

Tengo que tomar un baño tres veces al día.

—¿Cómo es esto?—«Así me lo ordenó el doctor, pues al recetarme la medicina me dijo que debiera cumplir estrictamente las direcciones anotadas en la etiqueta de la botella las cuales dicen: «Tomar una cucharada tres veces al día en agua», así es que, cada vez que tomo la cucharada, tengo que meterme en el baño.»

Una verdad.—«¿Cuándo conoció U. a su señora y cuándo comenzó a amarla?» «Primero la amé y después la conocí.»